

# **ECONOMÍA Y VIOLENCIA**

## **(PINOCHET: MUERTE Y HERENCIA DE UN DICTADOR)**

*José Valenzuela Feijóo<sup>1</sup>*

*Hablen otros de su vergüenza.  
Yo hablo de la mía.  
Bertold Brecht*

### **RESUMEN**

*En el presente texto se examina el papel histórico del dictador chileno Augusto Pinochet, señalando que la actuación de este sujeto respondió a las necesidades del sistema, antes que nada por las exigencias económicas que plantea la instauración de un régimen neoliberal. Éste, tanto a nivel del polo desarrollado como del polo subdesarrollado del sistema, se caracteriza por un gran salto en la tasa de plusvalía, lo cual se explica básicamente a partir de un fuerte descenso en el salario real. Para ello, el sistema se apoya en la extensión del desempleo y de la violencia que destruye organizaciones sindicales, políticas, etc., representativas de los intereses de la clase trabajadora. En el caso concreto de Chile, la violencia abierta también respondió a la existencia de un amplio y sólido movimiento popular, el cual,*

<sup>1</sup> Departamento de Economía, División de Ciencias Sociales, UAM-I.

*bajo el gobierno de Allende, llegó a poner en peligro las bases mismas del sistema capitalista. Para el autor, la experiencia vivida por Chile no es algo excepcional; más bien tiende a ser la regla cuando se trata de instaurar o preservar el modelo neoliberal.*

*La teoría económica suele olvidar el papel que desempeña la violencia en los procesos económicos. Pero la experiencia histórica, especialmente en fases de mutaciones de orden mayor, nos muestra que desempeña un papel relevante. Como apuntara Marx, “la violencia es la comadrona de toda sociedad vieja que lleva en sus entrañas otra nueva. Es, por sí misma, una potencia económica”.<sup>2</sup> Al escribir esto, Marx pensaba en un cambio progresivo (del “ancien régime” al capitalismo); pero la violencia y su eficacia también funcionan en sentido inverso: para empujar y consolidar un salto hacia el extremismo de derechas. El caso de la dictadura pinochetista es un claro ejemplo de ello, y es lo que se analiza en estas notas.*

## **1. LA NECESIDAD HISTÓRICA SUBYACENTE**

Para sus partidarios, Pinochet ha sido el adalid del neoliberalismo a nivel de América Latina e inclusive a escala mundial. Y se agrega que ese neoliberalismo ha sido el catalizador de un gran progreso económico.

En cuanto al primer punto, el del Pinochet fundador y estadista mayor, el dictador chileno distó mucho de cumplir con los requisitos personales (imaginación creadora, rigor conceptual, visión telescópica y de conjunto) que exige un papel histórico como el que se le pretende atribuir. Bastaba escucharlo en sus discursos o entrevistas para percatarse que desde siempre fue un militar bastante primitivo (un “milico cuadrado”, para decirlo en chileno), más o menos paleolítico y muy escaso de neuronas y de imaginación. Por ende, era del todo incapaz de forjar un proyecto económico y político mayor. En materia económica, por ejemplo, siempre fue un perfecto ignorante, y se comprenderá que si de un proyecto neoliberal se trata, mal lo podía conceptualizar a partir de tamañas carencias. En breve, no estamos frente a un hombre de ideas, aunque sí frente a uno de acción. Y como sabemos, el estadista y gran político es el que sintetiza esas dos dimensiones: ideas que van al encuentro de la historia y que, a la vez, son capaces de encarnarse o materializarse en ella, es decir, de transformar el ser social.

<sup>2</sup> C. Marx. 1973. *El capital*. Tomo I. FCE, México, p. 639.

El simple hecho de que el neoliberalismo haya surgido en una multiplicidad de países, nos advierte que no estamos en presencia del resultado de la acción de tal o cual personalidad, por fuerte que ésta sea. Muy poco, si algo, entenderíamos de la historia si empezamos a juzgarla a través de las psicologías individuales. Éstas pueden o no ajustarse a las necesidades del momento histórico. Si lo hacen y si el momento es “estelar” (para recordar la expresión de Stefan Zweig), pasan a brillar con luz propia. Es, por ejemplo, el caso de un Cromwell, de un Bonaparte, de un Lenin. Sin embargo, no son éstos los que crean la situación, y aunque la situación no los crea (reduccionismo muy burdo), sí es la que los busca y les permite pasar al primer plano de la escena. En corto, la historia *busca y encuentra* a sus personajes, pero éstos no la crean. Las fuerzas motrices del suceder histórico deben buscarse en otro lado.

En este contexto, valga señalar que el neoliberalismo, como cualquier forma socioeconómica, no es algo que responda a factores puramente subjetivos, a la simple voluntad de tales o cuales prohombres. El “modelo neoliberal” responde a una *necesidad histórica objetiva* del capitalismo en cierta fase de su desarrollo. Por lo mismo, podemos observar que no es algo exclusivo de la experiencia chilena, que surge en América Latina a veces *antes* de Pinochet y cuando lo hace después, no lo hace al ucace del dictador chileno. Más aún, con las peculiaridades del caso, es un fenómeno que también se extiende en el capitalismo más desarrollado, en Europa (la Inglaterra de la señora Thatcher, la España del último Felipe González, etc.) y en Estados Unidos, en especial con Reagan.

## 2. NEOLIBERALISMO: EL POLO DESARROLLADO

### *¿Cuál es el contenido de esa necesidad histórica objetiva?*

Consideremos primero el caso de los Estados Unidos. En la inmediata posguerra y hasta fines de los años sesenta, se da un estilo de desarrollo que combina ritmos de crecimiento del PIB relativamente elevados (del orden de un 3.7% anual entre 1950 y 1973), niveles de desocupación más o menos bajos (4.6% promedio entre 1950 y 1969) y oscilaciones cíclicas leves. Más de uno ha hablado de “años dorados”. Al cabo del tiempo, este patrón de crecimiento terminó por devenir disfuncional al mismo sistema capitalista. ¿Por qué? Si nos concentramos en lo medular, y a riesgo de incurrir en un esquematismo excesivo, podemos

apuntar que: i) los altos ritmos de crecimiento dieron lugar a niveles de desocupación no muy elevados y, por ello, a un mercado de fuerza de trabajo cada vez menos desfavorable a los asalariados; ii) el mayor poder de regateo que logran los asalariados les permite obtener mayores éxitos, tanto en sus reivindicaciones salariales como en las referidas a las condiciones de trabajo (higiene, seguridad industrial, normas de intensidad, etc.); iii) esos éxitos terminan por erosionar la tasa de plusvalía: los salarios comienzan a crecer igual o más que la productividad y la disciplina fabril comienza a deteriorarse;<sup>3</sup> iv) el estancamiento o incluso descenso de la tasa de plusvalía ocasiona un impacto negativo en la tasa de ganancia del capital. Se atasca, por ende, el curso de la reproducción y el patrón de posguerra entra en crisis.

En un contexto como el descrito, la necesidad objetiva que surge es muy clara: se trata de recomponer las condiciones de valorización del capital, es decir, *recomponer la tasa de ganancia*. Para ello, la vía fundamental es la *elevación de la tasa de plusvalía*.

### *¿Cómo elevar la tasa de plusvalía?*

Dado el contexto en que surge el problema y dadas las posibilidades que ofrece el corto plazo, la única vía eficaz y factible es operar por el lado de la rebaja salarial. Para ello, el sistema redescubre las funciones disciplinantes del ejército de reserva industrial, y para poder ampliarlo hasta asegurar el efecto buscado no tiene más opción que la de castigar la acumulación. Es decir, se elige como recurso el estancamiento económico y los altos niveles de desempleo. Cuanto mayor y más prolongada sea la cesantía, mayor será el debilitamiento de la fuerza

<sup>3</sup> Valga recordar un texto clásico: “Bajo un régimen de pleno empleo permanente, el ‘despido’ dejaría de jugar su papel como medida disciplinaria. La posición social del jefe se vería paulatinamente socavada y la clase trabajadora tendría mayor confianza en sí misma y una mayor conciencia de clase. Las huelgas en demanda de aumentos salariales y por un mejoramiento de las condiciones laborales crearían tensiones políticas. Es cierto que las ganancias serían mayores (...) [los mayores costos salariales se trasladarían a los precios; J.V.] Pero la ‘disciplina en las fábricas’ y la ‘estabilidad política’ son más apreciadas por los dirigentes de la industria que las ganancias. Su instinto de clase les dice que el pleno empleo duradero es erróneo desde su punto de vista y que el desempleo constituye una parte integral del sistema capitalista normal”. Ver M. Kalecki. 1979. *Sobre el capitalismo contemporáneo*. Crítica, Barcelona, pp. 28-9.

negociadora de los asalariados. Esto termina por provocar el descenso del salario real. Por esta vía, reduce el valor de la fuerza de trabajo y logra el consiguiente aumento de la tasa de plusvalía. Luego, al elevarse ésta, se generan las condiciones para una tasa de ganancia recuperada y satisfactoria para el capital.

En los Estados Unidos, entre 1950 y 1973 el PIB creció al 3.7% anual. Entre 1973 y 1998 lo hizo sólo al 2.4% anual. La tasa de desocupación fue, en promedio, igual a un 4.6% entre 1950 y 1969 y de un 6.8% entre 1970 y 1989: el aumento es de casi un 50%. El salario real por hora trabajada (trabajadores productivos) fue de 8.55 dólares (constantes de 1982) en 1973 para caer a 7.39 dólares en 1995.<sup>4</sup> En 1998, el salario real fue apenas semejante al de 1967 y todavía inferior, en casi un 10%, al alcanzado en 1973. En suma, el empobrecimiento no es sólo relativo. De hecho, asistimos a un proceso de *pauperización absoluta*. Y valga agregar: al interior del segmento asalariado también se acentúa la desigualdad o heterogeneidad de las percepciones.<sup>5</sup>

La tasa de plusvalía, según Moseley, pasó desde un nivel de 1.55 en 1974 hasta un nivel de 2.22 en 1987.<sup>6</sup> Y cabe esperar que haya seguido subiendo hasta el fin de siglo: el salario real casi no se ha elevado, la productividad ha crecido con mayor rapidez que el salario real y la jornada de trabajo se ha extendido un poco;<sup>7</sup> en una estimación muy gruesa, podría haber llegado a un nivel de 2.98 en 1996.<sup>8</sup> O sea, desde 1974 a la fecha la tasa de plusvalía prácticamente se habría duplicado, fenómeno que encierra el aspecto esencial del estilo económico neoliberal.

<sup>4</sup> Toda la información se tomó del *Economic Report of The President* (diversos años) y del FMI.

<sup>5</sup> Ver Lester Thurow. 1996. "Almost Everywhere: Surging Inequality and Falling Real Wages", en Carl Kaysen (ed.). *The American Corporation Today*. Oxford University Press, New York.

<sup>6</sup> Fred Moseley. 1991. *The Falling Rate of Profit in the Postwar United States Economy*. MacMillan, London, pp. 82 y 96.

<sup>7</sup> La tasa de plusvalía se eleva cuando el salario real baja, cuando se alarga la jornada de trabajo y cuando se eleva la productividad del trabajo en las secciones que producen los bienes salarios. Se reduce cuando se dan los movimientos inversos en las respectivas variables.

<sup>8</sup> Suponemos fija la jornada de trabajo y aplicamos las variaciones de la productividad (1.37) y del salario real-hora (1.02) en el sector manufacturero para el periodo 1985-96. Luego,  $[1.37/1.02] \cdot [2.22] = 2.98$ .

En términos de ingreso, el medio por ciento más rico de las familias supera 21.1 veces el ingreso del 90% menos rico. En términos de riqueza, en lo que muy aproximadamente podríamos entender como distribución de la propiedad (o del patrimonio), el diferencial es abismal y llega a 274 veces. Por cierto, en ese medio por ciento se ubica lo que Wright Mills denominara la “elite del poder”, o sea, las cumbres del poder económico, político y militar.

El modelo, además de redoblar la tasa de explotación y afectar duramente a la clase obrera, al interior de la burguesía provoca un claro desplazamiento a favor del capital dinero de préstamo y en contra del capital industrial productivo. Si en el periodo el salario real cae en casi un 2%, las ganancias industriales suben, en términos reales, en un 63%. Asimismo, tenemos que el capital accionario (lo que Marx denominaba “capital ficticio”) se multiplica por 5.32 en términos reales. Lo dicho: se ataca al trabajo asalariado y se beneficia al capital. Luego, en el seno de éste se beneficia más al capital dinero de préstamo (especulativo) que al capital productivo.<sup>9</sup> De aquí el sesgo parasitario que tipifica al modelo.

Volvamos a subrayar: el tremendo *aumento en la tasa de explotación* y el método que ha seguido el sistema para lograrlo, es un *ataque frontal a los niveles de vida de la clase obrera*. En esto, el instrumento básico ha sido la *coacción económica*: el gran aumento que experimenta el ejército de reserva industrial a partir de la primera parte de los setenta. Junto a ello, han caído los niveles de sindicalización y la ideología dominante se ha extendido y penetrado inclusive con mayor fuerza que antes en el seno de la clase obrera.

### 3. NEOLIBERALISMO: EL POLO SUBDESARROLLADO

En América Latina, surge una necesidad análoga y también emerge el neoliberalismo. Por supuesto, las condiciones socioeconómicas son muy diferentes, y lo mismo vale para las rutas que sigue el proceso. No obstante, se comparte el rasgo central: la necesidad de un drástico aumento en la tasa de plusvalía y la satisfacción de esta meta con cargo a la reducción salarial.

Al iniciarse los años setenta o un poco antes, en los países de mayor nivel de desarrollo relativo de la región (en especial Argentina, Brasil, Chile, Uruguay) el crecimiento basado en la sustitución de importaciones se agota y entra en

<sup>9</sup> Ver D. Henwood. 2003. *After the New Economy*. The New Press, New York; J. Valenzuela. 2004. *Dos crisis: Japón y Estados Unidos*. Grijalbo, México.

contradicciones mayores. Surge, en consecuencia, la necesidad de avanzar a una nueva fase de desarrollo, que hemos denominado *secundario-exportador*. Dos son los rasgos de esta fase: i) la industrialización debe avanzar a una fase superior, más pesada, capaz de abordar (selectivamente) la producción interna de bienes de capital y de intermedios más sofisticados; ii) las exportaciones deben dinamizarse en forma drástica, lo que supone elevar en alto grado su componente manufacturero. Es decir, debe avanzarse desde un perfil primario a uno secundario en el sector exportador. El primer rasgo eleva la composición orgánica del capital y en igualdad de circunstancias, debería reducir la tasa de ganancia. Esta caída se evita si se eleva la tasa de plusvalía en la magnitud adecuada, lo cual puede lograrse si caen los salarios reales. El segundo rasgo exige elevar la productividad del sector manufacturero exportador y controlar, hacia abajo, el nivel de los salarios. En corto, [surgen fuertes presiones para elevar] la tasa de plusvalía y para que esto se logre por la vía de la caída del salario real.

En este contexto, las políticas de ajuste que impone el FMI vienen de perlas. Sus consecuencias de mayor desempleo y de restricción salarial son conocidas y apuntan a una mayor tasa de plusvalía. Además, si a esa coacción económica se le agrega la coacción directa o extraeconómica destrucción de partidos populares y sindicatos, asesinato o exilio de dirigentes, miedo generalizado en la población, se tiene que economía y política comienzan a trabajar en contra de los asalariados y a favor del capital, es decir, a favor de una mayor explotación.

Conviene agregar que en los países latinoamericanos, a esa fase recesiva y de ataque frontal en contra de los trabajadores tendría que haber seguido otra (si de desarrollar las fuerzas productivas se trata) en que se diera la recuperación de la acumulación y del crecimiento, de acuerdo con las pautas antes indicadas. Esto, entre otras cosas, exigía una intervención estatal fuerte (a favor de la acumulación pesada y de las exportaciones manufactureras), una apertura externa regulada y la consiguiente protección (selectiva y calendarizada) a la industria interna en proceso de creación y expansión.<sup>10</sup> Esta fase se cumplió parcialmente en Brasil, aunque los últimos gobiernos (el de Cardoso en especial, sin que Lula haya revertido el proceso) se han encargado, con rara tenacidad, de destruirla.

¿Qué factores impidieron el avance a la etapa de un capitalismo autóctono, secundario y exportador? En el plano interno, habría que señalar: i) las políticas

<sup>10</sup> En términos muy gruesos, los países del sudeste asiático, en especial Corea del Sur, siguieron una ruta más o menos parecida.

de ajuste que impone el FMI alteran la correlación de fuerzas a favor del capital financiero y el externo, a la vez que debilitan a la clase obrera (que suele soportar casi todo el coste del ajuste) y a buena parte de la burguesía industrial; ii) cuanto más fuerte es el movimiento popular previamente existente, más duro resulta el ataque de las derechas. Esto también favorece, en el seno de la clase dominante, a sus segmentos más reaccionarios. Luego, en el plano internacional tenemos el que, según nuestra opinión, funciona como factor clave: la presión de Estados Unidos para imponer esquemas neoliberales en la región. Y valga remarcar: aunque en el plano interno Estados Unidos ya no practica un neoliberalismo a ultranza; sigue esgrimiendo esa doctrina para el resto del mundo, muy en especial para el caso de los países subdesarrollados.

En América Latina el neoliberalismo implica, en primer lugar, lo ya dicho: fuerte reducción del salario real y fuerte aumento de la tasa de plusvalía. En segundo lugar tenemos la conocida “desregulación estatal”. Es decir, en el plano económico el Estado tiende a asumir una actitud relativamente pasiva, y se habla de volver al “libre mercado”. Conviene precisar: la menor intervención económica estatal no se aplica en todos los ámbitos. Señaladamente, el mercado laboral permanece muy regulado y *en contra de los asalariados*; asimismo, no hay ningún avance a tránsito a una economía de libre competencia. Esto es una burda y monumental engañifa. Lo que sí tiene lugar es el cambio a favor de una planeación corporativa (o “regulación oligopólica”) indiscriminada. En tercer lugar, el neoliberalismo implica una apertura externa no selectiva y violenta. Se liberalizan los flujos de mercancías y de capitales, lo que dinamita las importaciones, impulsa el déficit externo y estimula el financiamiento externo especulativo. En cuarto término, se genera una gran debilidad de la acumulación productiva y una tendencia al estancamiento o a un muy débil y oscilante crecimiento.

En México, en 1981 (último año de funcionamiento del antiguo patrón) se estima que la tasa de plusvalía era igual a 3.1. En 1996 habría llegado a 6.75, siendo su valor medio a lo largo de 1981-96 igual a 5.5. El aumento, que es notable y que se concentra en el periodo 1982-88, se asienta básicamente en el descenso del salario real. Éste cae un 40% entre 1981 y 1996.<sup>11</sup> Para Brasil, Ouriques y Vieira estiman un aumento de casi 50% en la tasa de plusvalía para el

<sup>11</sup> Ver José Valenzuela Feijóo, “Trabajo asalariado y valor de la fuerza de trabajo”, en Jorge Isaac (ed.). 2000. *Explotación y despilfarro. Análisis crítico de la economía mexicana*. Plaza y Valdés, México.



periodo que va de 1990 a 1997.<sup>12</sup> Y aunque no conocemos de estimaciones para periodos previos, todo indica que el aumento se inicia mucho antes, desde el advenimiento mismo de los gobiernos militares a mediados de los años sesenta.

En el caso concreto de Chile, tenemos que en los inicios del gobierno militar tiene lugar un brutal descenso del salario real. En 1975, el nivel promedio equivale a un 56% del vigente en 1971 y a un 59% del nivel de 1972. En términos gruesos, el desplome es del orden de un 40% o más. Luego de muchos años y ya en pleno periodo de la llamada “recuperación democrática” (es decir, de los gobiernos de la Concertación), la situación no era precisamente maravillosa: en 1997, el salario real se ubicaba apenas entre un 10 y 15% por arriba del vigente en 1972.<sup>13</sup> En 1972, la participación salarial (sueldos y salarios sobre el ingreso nacional) giró en torno al 49%. Con la dictadura pinochetista, la cuota se desploma y cae a casi un tercio. En 1989, último año del régimen militar, se acercó a un 32%.<sup>14</sup> A lo largo de los gobiernos de la Concertación, la cuota salarial parece haber descendido muy levemente. Es decir, respecto al periodo de Pinochet la pauta o norma de distribución ha permanecido básicamente similar. En términos de tasa de plusvalía, si ensayamos una aproximación gruesa, para 1972 encontramos una tasa que oscila entre 2.0 y 2.5; y para 1985 habría llegado a 4.30.<sup>15</sup> Es decir, la tasa de explotación casi se habría duplicado al entrar la economía a su periodo neoliberal, algo que es poco frecuente en la historia del capitalismo.<sup>16</sup> El salto es brutal y se explica tanto por el descenso del salario real como por la mayor extensión que alcanza la jornada de trabajo. En el Chile

<sup>12</sup> Ver H.R. Ouriques y Pedro A. Vieira. 1999. “Maisvalía no Brasil nos anos 90: uma verificacao empírica”. Texto para Discussao, nº 09/99, Departamento de Ciências Econômicas, Universidad Federal de Santa Catarina, Florianópolis.

<sup>13</sup> De acuerdo con estimaciones del PET, la situación sería peor. En 1995 el salario real habría sido equivalente a un 86% del alcanzado en 1972. Ver *Programa de Economía del Trabajo (PET), Economía y Trabajo en Chile, 1995- 1996*. Santiago, 1996.

<sup>14</sup> A menos que se especifique otra cosa, todas las cifras referidas a la economía chilena se tomaron o estimaron a partir de estadísticas oficiales del Banco Central o del Instituto Nacional de Estadísticas.

<sup>15</sup> Según D. Dardón, G. Valdivieso y J. Valenzuela. 2000. “Participación salarial, trabajo improductivo y tasa de plusvalía; México 1988-96”. En Jorge Isaac (ed.), *op. cit.*

<sup>16</sup> En términos de su tendencia de largo-largo plazo, la tasa de plusvalía sube, pero muy raras veces experimenta un salto tan mayúsculo. Claro está que con el advenimiento del neoliberalismo, lo que históricamente ha sido muy poco frecuente se ha tornado en la regla. En México, por ejemplo, el incremento ha sido aún mayor que en Chile.

contemporáneo la jornada anual llega a las 2400 horas, mientras que en países como Alemania y Francia gira en torno a las 1500 horas.

El mecanismo de la plusvalía relativa (es decir, la elevación de la tasa de plusvalía por la vía de un aumento en la productividad del trabajo que supera el crecimiento del salario real) es algo que casi no ha funcionado en la América Latina neoliberal. Por ello, el factor explicativo principal ha sido el descenso del salario real, que ha llegado a ser, un poco más o un poco menos según el país y el periodo, del orden de un 50%. De hecho, estamos en presencia de una *mutación cualitativa* que ha dado lugar a una *redefinición (descendente) del valor de la fuerza de trabajo*.

En América Latina, al igual que en el polo desarrollado del sistema, se ha puesto en operación un extenso ejército de reserva industrial, algo que, sobre todo en su modalidad “latente”, no es para nada novedoso en la región. Pero si el desempleo y las más recientes modalidades de la “flexibilidad laboral” han desempeñado su papel, es muy claro que el factor decisivo ha sido el uso a destajo de la coacción extraeconómica. Es decir, el *empleo de la violencia o la coacción directa de la fuerza explícita de las bayonetas, en contra del movimiento popular en general y del obrero industrial en particular*.<sup>17</sup>

En lo señalado podemos advertir un hecho especialmente sugerente. En el polo desarrollado, no se da un uso masivo de las bayonetas: el régimen, aquí, es más cuidadoso con las formas y con la preservación de la “legitimidad”. En el polo subdesarrollado, ese cuidado por los “buenos modales” desaparece y se

<sup>17</sup> En Chile, durante los primeros años de la dictadura, la combinación de la brutal represión política y de la miseria generalizada da lugar a situaciones patéticas. Según un informe de la Vicaría de la Solidaridad (organismo de la Iglesia católica), refiriéndose a los detenidos por la dictadura señala que “puede observarse en todos una inmensa angustia, manifestada en una necesidad casi compulsiva de contar a los médicos sus experiencias en prisión (...) la mayoría podía intentar olvidar, al menos en parte, las torturas y malos tratos recibidos, pero la experiencia de la muerte –tanto su constante inminencia como el haber presenciado la muerte de otros– les había provocado un profundo trauma (...). Se detectó, igualmente, un fuerte problema psicológico para el recién liberado, al enfrentar la dificultad de reintegrarse a la vida activa. Además, la comida que come la familia es muchas veces aún peor que la de Tres Alamos (campo de concentración de presos políticos) y la situación de cesantía existente en el país hace que para el grupo familiar la llegada del jefe de familia sólo represente la necesidad de alimentar una boca más”. Ver E. Ahumada, R. Atria, J.L. Egafña y otros. 1990. *Chile: la memoria prohibida*. Tomo II. Pehuén, Santiago, p. 317.

utiliza la violencia explícita en términos masivos y brutales.<sup>18</sup> Al respecto, el caso chileno (pese a su prolongada continuidad institucional y a su aparente cultura democrática) resulta paradigmático y, no en balde, Pinochet se transformó, a nivel mundial, en el más perfecto símbolo de la barbarie represiva.

Valga agregar: cuando el viejo patrón de acumulación se agota y entra en crisis, se abren ciertas alternativas históricas. Una de ellas fue la neoliberal. Sin embargo, en el caso chileno se abrió también una opción de carácter no capitalista: la encabezada por la Unidad Popular de Allende. Por lo mismo, nos encontramos con *una doble necesidad: destruir ese movimiento popular anticapitalista y a la vez sentar las condiciones que exigía el advenimiento del patrón neoliberal*. La colisión tenía que ser mayor y, por lo mismo, extremadamente violenta.

#### 4. EL AGENTE SUBJETIVO Y SU PERSONALIDAD

Sentado lo anterior, podemos retomar el problema inmediato inicial: el del papel histórico del dictador. La respuesta puede ahora quedar clara: Pinochet funcionó como un agente de esa necesidad histórica. Más precisamente, como un agente inconsciente de esa necesidad. *Agente* por razones muy obvias: es su régimen el que impulsa en Chile la contrarrevolución neoliberal. *Inconsciente* porque participa del proceso sin tener la más remota idea de sus alcances reales. En el bagaje ideológico del dictador encontramos su anticomunismo cerril, obsesivo hasta la caricatura, más cierta visión geopolítica de corte militar. Se podría agregar alguna afición a la historia descriptiva simple y, en lo posible, “visual”.<sup>19</sup> Nada más. Por lo mismo, el proyecto neoliberal es algo que recibe “desde afuera”, de los ideólogos y políticos a cuyo servicio utiliza el poder militar. Se podría quizá decir que fue él quien eligió al equipo de los “Chicago boys” que delinearon la política

<sup>18</sup> “La profunda hipocresía y la barbarie propias de la civilización burguesa se presentan desnudas ante nuestros ojos cuando, en lugar de observar esa civilización en su casa, donde adopta formas honorables, la contemplamos en las colonias, donde se nos ofrece sin ningún embozo”. Cf. Karl Marx. 1973. “Futuros resultados de la dominación británica en la India”, en Marx-Engels. *Obras Escogidas*. Tomo I. Progreso, Moscú, p. 511.

<sup>19</sup> Pinochet se vanagloriaba de su amplia biblioteca y de sus lecturas de historia, pero es indudable que esas lecturas no le sirvieron en absoluto para entenderla. Lo que Ortega llamaba “historiología” le pasó completamente inadvertida.

económica neoliberal. Sin embargo, más allá de las apariencias la relación siguió el camino inverso. Más aún, ese grupo de economistas ultradoctrinarios, dirigidos por Sergio de Castro, no era sino el representante y *agente* político-ideológico (aunque sus miembros se disfrazaran de “técnicos”) de las fracciones clasistas que realmente capitalizaron el golpe de Estado.

En un sentido muy concreto, Pinochet siempre asumió la orientación económica que tenía a mano y que le aseguraba reproducir su poder. Así fue en los dos primeros años de su gestión (en los que, con alguna dificultad, terminó por asumir la postura ultraneoliberal) y así fue hacia 1982, cuando la gravedad de la crisis económica lo amenazó con el abandono de la misma clase dominante que lo había sustentado. En ese momento (en que el PIB cayó nada menos que en un 14.1%), la derecha declara que “las cosas se están manejando con rudeza de inexpertos... el régimen está en peligro de quedar sin más defensores que sus aguerridos soldados”.<sup>20</sup> Sergio de Castro renuncia (22/4/1982) y si Pinochet, como dogmático *amateur*, se oponía tercamente a abandonar el tipo de cambio fijo (aplicando la misma política que llevó al colapso mexicano en diciembre de 1994), en junio de 1982 tuvo que quemar sus viejas banderas y devaluar. Se suceden las quiebras bancarias y se inician, en 1983, las Jornadas de Protesta Nacional, que reclaman el retiro del dictador. En tal contexto recurre a Onofre Jarpa, un político viejo y sagaz que maniobra ofreciendo “apertura política”. En el frente económico se refugia en el ministro Luis Escobar (un hombre que mantenía cierta distancia respecto al neoliberalismo y que declara que “el conjunto de medidas dispuestas tiene un solo objetivo: evitar al país un ajuste recesivo, una política, como la que algunos piden, que implicaría bajar el producto y generar mayor desempleo. Haremos el ajuste, pero con reactivación. Esa es la política”.<sup>21</sup> Agreguemos que Escobar devaluó en un 24% y aumentó los aranceles hasta un 35%, medidas bastante ajenas a la ortodoxia más usual) y luego en Hernán Bucci, un personero más pragmático y menos ultradoctrinario, que también le ayuda a salir del pantano. La moraleja de este recordatorio elemental es clara: en lo económico, el dictador se aferra a lo que le dicta la correlación de fuerzas del momento y el interés de la fracción clasista dominante.<sup>22</sup>

<sup>20</sup> *El Mercurio*, 20/3/1982.

<sup>21</sup> *La Tercera*, 17/9/1984.

<sup>22</sup> Un recuento útil de este periodo se encuentra en A. Cavallo, M. Salazar y O. Sepúlveda. 1988. *La historia oculta del régimen militar*. La Época, Santiago.

Con todo, Pinochet aportó algo: su indudable capacidad para ejercer una violencia sin límites en contra de los sectores populares. En ello, su personalidad primitiva y su falta de escrúpulos resultó muy funcional. Su ser primitivo va estrechamente asociado al subjetivismo extremo que siempre lo tipificó. O, dicho de manera más precisa, el dictador no parece haber superado lo que los psicólogos (Piaget *et al.*) han denominado fase del egocentrismo mental. Es decir, en su desarrollo personal no alcanzó a desplegar el proceso de “descentramiento” (la “revolución copernicana” que experimenta el niño como a los dos años o un poco antes) de la perspectiva humana, algo que permite una visión objetiva de los fenómenos, naturales o sociales. El dictador, si no ve la otra cara de la luna, declara que no existe. Es decir, es absolutamente incapaz de verse a sí mismo como un algo (objeto) entre otros algos (objetos), de situarse en la perspectiva de los otros o, peor aún, en cualquier perspectiva que no sea la que él tiene en el momento del caso. Junto a un subjetivismo extremo, destaca su desprecio a los derechos humanos y su completa falta de escrúpulos, lo cual se expresa en su desenfado para mentir con descaro,<sup>23</sup> para asesinar sin remilgos y también para robar cual ladrón supremo, es decir, para usar el poder a favor del enriquecimiento personal, el de su familia y el de sus camaradas militares más cercanos. Por cierto, el subjetivismo o egocentrismo extremo contribuía a justificar, a los ojos del dictador, su falta de escrúpulos y su total desprecio a los derechos humanos más elementales. Como quien dice, le funcionaba como una “pomadita” para la mala conciencia.

Valga agregar: decir que alguien es primitivo no equivale a sostener que es un débil mental, un perfecto imbécil. Un observador apuntaba que el dictador “tiene una especie de horror a la inteligencia. Digamos, a la inteligencia dialéctica [leáse discursiva, J.V.F.]. Tiene como un temor frente a alguien que él cree que le va a formular un razonamiento abstracto”.<sup>24</sup> Junto a ello, tenemos cierta inteligencia práctica, semiinconsciente por definición, que es la que le ayuda a navegar y

<sup>23</sup> Déspota como jefe y servil como subordinado, es un rasgo muy propio de su personalidad. Al decir de Orlando Letelier, quien fungiera como secretario de Defensa en los últimos días de Allende y que luego fuera asesinado en Washington por orden de Pinochet, “este general me da en los nervios, porque es el tipo más servil que he visto. Me pone el abrigo, me saca el abrigo y me lleva el portadocumentos”. Según Ahumada, Atria, Egaña y otros. *Chile: la memoria prohibida*. Tomo I, citada, p. 57.

<sup>24</sup> Jaime Castillo Velasco, citado en R. Correa y E. Subercaseaux. 1996. *Ego Sum*. Planeta, Santiago, p. 15.

maniobrar en su larga vida política. Se trata de un hombre astuto y cínico, agazapado y sinuoso, que posee la malicia o la pillería del campesino cazurro y desconfiado.<sup>25</sup>

De suyo se comprende: para utilizar la violencia exigida por la implantación del modelo neoliberal, una personalidad como la descrita resulta bastante adecuada. O sea, tenemos “el hombre adecuado para la tarea adecuada”. Tal ha sido la “virtud” que la historia podrá reconocer en Pinochet.

Pinochet fue un conservador inculto. Cuando un periodista le pregunta si ha leído a García Márquez y su clásico *Cien años de soledad*, responde: “No, porque casi todos los autores modernos son muy crudos”.<sup>26</sup> Se declara católico fervoroso: “Yo creo en Dios y creo en todo lo espiritual” (...) “Rezo todos los días, encomendando a Dios las almas de los muertos. Y el día domingo leo la Biblia” (...) “No concibo que la religión se vaya modernizando, eso no puede ser” (...) “la teología de la liberación... me parece un error, porque la teología mira a Dios y estudia a Dios. La teología de la liberación estudia como finalidad al hombre, marxismo puro, lo que no puede ser”.<sup>27</sup>

Sobre los derechos humanos, a veces es sincero: “Yo no conozco eso de los derechos humanos. ¿Qué es eso?”<sup>28</sup> También declara que “las elecciones no son parte de la democracia” y cuando se le pregunta por el papel de la dictadura en la transformación neoliberal, responde: “No me hable de dictadura, porque nunca hubo dictadura. Son invenciones fascistas, marxistas...”<sup>29</sup> En esto es enfático: “Yo no soy totalitario y lo digo mil veces y eso grábenselo bien”.<sup>30</sup>

También es un hombre seguro de sí mismo y de su rectitud moral: “Si alguien quiere pedir perdón, que lo pida. Yo no voy a pedir perdón por mi institución en ningún momento” (...) “No tengo nada que lamentar” (...) “Yo [sólo] me arrepiento con Dios”.<sup>31</sup> Así las cosas, se comprende su convencimiento acerca de la pulcritud de su conciencia: “No tengo ningún cargo en mi conciencia. Tendré pena por otras cosas... me puedo preocupar por un nieto, por mi mujer, por mis

<sup>25</sup> La comparación con Carlos Ibáñez del Campo, un dictador de otros tiempos, torpón, poco refinado y muy cazurro, no es casual.

<sup>26</sup> En R. Correa y E. Subercaseaux, *op. cit.* p. 48.

<sup>27</sup> *Ibid.*, pp. 68, 69 y 164.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 223.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 210.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 71.

<sup>31</sup> *Ibid.*, pp. 189-90.

hijos, pero tengo mi conciencia limpia”<sup>32</sup> (...) “Siempre he sido buena persona, saludo a las damas, les hago cariño a los niños, trato de ayudar a los pobres porque he sido formado con sentido humano”.<sup>33</sup>

## 5. EL GOLPE DE ESTADO Y LA DEFENSA DEL ORDEN ESTABLECIDO

Repitamos: la dictadura de Pinochet sólo se explica parcialmente en función de las exigencias del modelo económico neoliberal. Operando con mayor fuerza está el desafío anticapitalista que representó la Unidad Popular allendista.

Para situar mejor el problema, permítasenos un muy sintético recuerdo histórico: en Chile, “hacia mayo de 1972, en Concepción, tiene lugar una ‘asamblea popular’ que marca un hito clave. Sectores revolucionarios de dentro y fuera de la Unidad Popular intentan un primer ensayo de poder popular autónomo (...) A pesar de sus insuficiencias notorias, es una clarinada: las masas comienzan a rebasar a las direcciones tradicionales”. Para Orlando Millas (segundo en la jerarquía del Partido Comunista), tal suceso constituyó “el hecho más grave que la UP debía afrontar desde el triunfo de septiembre”. Luego, “octubre de 1972, marca otro hito clave, de tensión máxima de la lucha de clases. La derecha lanzó todas sus fuerzas sociales al ataque y desató un paro patronal –durante casi dos meses– abiertamente insurreccional. La respuesta obrera y popular fue abnegada y maravillosa: nadie abandona los lugares de trabajo, se caminan kilómetros para llegar a los centros productivos, las fábricas son tomadas, dirigidas y controladas por el pueblo. Irrumpen las brigadas de trabajo voluntario. El pueblo, y en especial el proletariado, muestran todo su potencial. Y al unísono, la gran burguesía desnuda su parasitismo e inutilidad histórica. Pretendiendo movilizar al país sólo levanta al proletariado. Las direcciones políticas tradicionales de la propia izquierda son rebasadas por el aluvión popular. Y en forma casi espontánea (aunque al encuentro de planteamientos, hasta la fecha un tanto abstractos, de algunos embriones de vanguardia), surgen los cordones industriales y los comandos comunales. El pueblo, particularmente el proletariado industrial, comienza a descubrir, pugnar y laborar por *sus* formas de poder. Vientos ya centenarios, de los viejos *communards*, comienzan a mecer al país. Los agoreros de la ‘desfavorable

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 114.

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 144.

correlación' (Millas, pleno del PC, julio de 1972), sufren un mentís rotundo. Para la derecha, el paro la llevaba a la derrota. La institucionalidad estaba resquebrajada y el enfrentamiento pareció inminente. Allende, sin embargo, optó por integrar a las fuerzas armadas al gabinete y por canalizar la lucha –evitando el desborde institucional– con vistas a las elecciones parlamentarias de marzo de 1973. Se presentó a las fuerzas armadas como ‘salvadoras’ y ‘quebradoras’ del paro patronal. La verdad era otra. El paro ya estaba derrotado y las FFAA arribaron a los ministerios para preservar la institucionalidad burguesa y no para favorecer al pueblo”.<sup>34</sup> Durante el primer trimestre de 1973, la situación económica empeoró y subió el descontento popular. No obstante, la UP obtuvo una altísima votación en las parlamentarias (44% del voto efectivo). Fue otro momento decisivo: la derecha quedó frustrada pero el gobierno no la golpeó. De hecho, el PC propuso “como tarea central no la conquista del poder político sino la ‘batalla por la producción’, con la estulta perspectiva de ganar las elecciones presidenciales de 1976. O sea, de la exitosa jornada electoral de marzo, las conclusiones eran una vez más encerrar las energías populares en los cada vez más estrechos cauces de la institucionalidad burguesa. Las conclusiones sacadas por las clases dominantes fueron muy distintas. A partir de marzo cierran filas en torno a un objetivo central: derrocar a Allende antes de 1976”.<sup>35</sup> Luego, el tanquetazo o *putsch* de junio de 1973, es un último hito decisivo: “Fuentes bien informadas han mencionado una

<sup>34</sup> C. Mistral. 1974. *Chile: del triunfo popular al golpe fascista*. ERA, México, pp. 110-11. En un documento surgido de los Cordones Industriales, se lee: “Hemos escuchado en las radios el convenio entre el Gobierno y los ricos de Chile. El convenio nos ha confundido un poco y estamos meditando. El convenio entre el nuevo Gabinete y los ricos de Chile es como para confundir a cualquiera que haya estado en las fábricas, en los hospitales, en las carreteras, trasnochados, cargando sacos, manejando máquinas, durante estos 27 días. Se van a devolver las empresas constructoras. Se van a devolver los locales comerciales. Se van a devolver algunas industrias. Unidades que fueron cerradas con candados, unidades que fueron paralizadas por sus dueños se van a devolver. Nosotros las abrimos, nosotros las hicimos producir, nosotros organizamos su producción solos y en ausencia del patrón. Ahora las van a devolver. Durante 27 días probamos que los patrones no eran necesarios para que estas unidades funcionaran, y ahora las van a devolver. ¿Quiénes son los dueños? Son los enemigos del pueblo, son fascistas coludidos con extranjeros imperialistas, son los que se entendían con la ITT y viene el Gobierno y se compromete a entregarles las unidades, como quien dice hasta el próximo paro patronal”. Cf. “Carta a nosotros mismos”, en *La Aurora de Chile*, noviembre de 1972. Reproducida en R. Quijada, *op. cit.*

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 110.



carta de Fidel Castro en que éste le dice a Allende que el 29 de junio era su Playa Girón, pero el comentario no fue asimilado”.<sup>36</sup> A la vez, aunque sin el apoyo del Gobierno,<sup>37</sup> el pueblo buscaba desarrollar los diversos modos del poder popular. Desfila frente al gobierno y le pide armas (“¡el pueblo quiere armas, compañero Presidente!”), se opone con fuerza creciente a las vacilaciones e intentos de acuerdo con la Democracia Cristiana (cuyas cúpulas, empezando por Frei y Aylwin, ya propiciaban el golpe), critica más y comienza a autonomizarse de las cúpulas dirigentes reformistas.<sup>38</sup> En un documento de la época, emanado de los Cordones Industriales, podemos leer: “Supimos que se había constituido el gabinete cívico militar. Nadie nos consultó. ¿Para qué? Los pobres de la ciudad y del campo servimos sólo para ciertas cosas. Servimos para que nos digan: Hay huelga de patrones, trabajen. Servimos para que nos digan: Los patrones escondieron las micros, caminen. Servimos para que nos digan: El Gobierno tiene poca plata, así que contrólense con los pliegos de peticiones. Servimos para asistir a concentraciones, para gritar a favor del Gobierno, para llevar letreros. Servimos para ganar la batalla de la producción. Servimos para aguantar la inflación. Y también serviríamos, caramba que serviríamos, para salir a las calles a defender al Gobierno”. El documento sigue: “Para eso servimos los pobres de la ciudad y del campo. Cuando el Presidente dijo que estábamos al borde de la guerra civil, no nos contaba ninguna novedad (...) él sabía que estábamos (...) dispuestos, que comprendíamos que por las fábricas y por las tierras teníamos que pagar un precio. Si no estuviéramos preparados, si no estuviéramos dispuestos, el compañero Presidente habría tenido que hacer las maletas. Habría tenido que hacer las maletas con la misma prisa que hizo sus maletas Goulart, con la prisa de los gobernantes que no tienen un pueblo detrás que los defienda (...). Que no se llame a engaño el compañero Presidente. Fue la presencia física de millones de trabajadores lo que lo mantuvo en el Gobierno. Las Fuerzas Armadas y la muñeca

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 111.

<sup>37</sup> “Desde el paro de octubre de 1972, los sectores reformistas inscritos en la coalición gubernamental habían impuesto un criterio frenador del proceso, impidiendo el desarrollo de los organismos del Poder popular”. Rodrigo Quijada, “Cinco años”, en revista *Revolución*, órgano (exterior) del Partido Socialista de Chile (C.N.R.), año 2, núm. 8, 1978.

<sup>38</sup> Un excelente análisis del proceso se halla en el prólogo de: Ricardo Fenner. 1975. *El color de la sangre. Informe sobre Chile* (recopilación de documentos sobre la Junta Militar). Universidad Autónoma de Puebla, México. A nivel de partidos, los más lúcidos fueron los análisis del MIR (Miguel Enríquez, Nelson Gutiérrez y otros) para este periodo.

diestra sirven para muchas cosas, para muy interesantes cosas, pero no bastan para mantener un gobierno huérfano de apoyo popular. Fuimos nosotros, camarada Allende. Y cuando no seamos nosotros, entonces adiós compañero Allende”.<sup>39</sup> No en balde el diario *El Mercurio* (ese búnker ideológico de la derecha chilena), editorializa advirtiendo que “no sólo el parlamento y el poder judicial, sino que el mismo gobierno, amenazaban ser sepultados por el poder popular”.<sup>40</sup> Asimismo, comienza a proponer “alterar ‘las reglas usuales del juego político’, imponer ‘un gobierno fuerte’, que fuera capaz de ‘garantizar para un largo período la actuación económica del sector privado’. En breve, y sin ningún maquillaje, se proponía una dictadura de derecha abierta”.<sup>41</sup>

En suma, en el Chile previo al golpe militar se había venido procesando un movimiento popular que amenazaba rebasar al mismo gobierno de Allende y que ya comenzaba a poner en jaque las bases mismas del sistema: las relaciones de propiedad por la vía de los consejos de fábrica y la naturaleza del Estado por la vía de los cordones y comandos populares. Es cuando se visualiza este peligro que se toma la decisión, ya definitiva, de empujar el golpe de Estado.<sup>42</sup> Y para ello, se acude, *comme il faut*, a la institución militar, es decir, al núcleo esencial del Estado. Luego, este cumple las funciones que se corresponden con su naturaleza más íntima: organización de la violencia para preservar el orden socioeconómico (es decir, las relaciones de propiedad en lo fundamental) vigente. En este sentido, muy al contrario de lo que se ha dicho, los militares chilenos, encabezados por Pinochet, no traicionaron a nadie. Por el contrario, cumplieron estrictamente el papel para el cual habían sido adiestrados.<sup>43</sup>

<sup>39</sup> *Carta a nosotros mismos, op. cit.*

<sup>40</sup> Según Mistral, *op. cit.*, p. 114.

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 161.

<sup>42</sup> “La civilización y la justicia del orden burgués aparecen en todo su siniestro esplendor dondequiera que los esclavos y los parias de este orden osan rebelarse contra sus señores. En tales momentos, esa civilización y esa justicia se muestran como lo que son: salvajismo descarado y venganza sin ley”. C. Marx. 1973. “La Guerra Civil en Francia”, en Marx-Engels. *Obras escogidas*. Tomo II. Progreso, Moscú, p. 249.

<sup>43</sup> Lo mismo vale para el Poder Judicial. Recordemos que en marzo de 1974, la máxima autoridad judicial no se arrugó para proclamar que en el país “los derechos humanos son respetados”. Citamos de: Alejandra Matus. 1999. *El libro negro de la justicia chilena*. Planeta, Buenos Aires, p. 231. Como apunta la autora, “bajo el gobierno militar, lo bueno no era responder al clamor de las víctimas, sino adecuarse a la voluntad del poder político, aunque fuera ejercido por el poder de las armas” (*ibid.*, p. 334). Uno podría decir, menos

Como se sabe, por lo común la esencia de los fenómenos sociales suele estar muy encubierta y, por lo mismo, se presta a toda clase de percepciones o representaciones erróneas. Es decir, fomenta una falsa conciencia. Cuando un sistema económico y político se reproduce en forma más o menos “normal”, la naturaleza intrínseca del Estado se diluye y oculta y, en tal situación, brotan y se difunden las muy vulgares nociones sobre el Estado que nos hablan de él como representante “del bien común”, de la “voluntad general”, de los “sagrados y superiores intereses de la nación”, etc. En Chile, hasta el mismo Allende cayó en tal garlito y no vaciló en sostener que “los escépticos y catastrofistas (...) han dicho enfáticamente que las Fuerzas Armadas y Carabineros hasta ahora sostén del orden institucional que superaremos, no aceptarían garantizar la voluntad popular decidida a edificar el socialismo en nuestro país. Olvidan la conciencia patriótica de nuestras Fuerzas Armadas y de Carabineros, su tradición profesional y su sometimiento al poder civil”.<sup>44</sup> En el mismo sentido y a muy pocos días del sangriento golpe que lo derrocará, Allende decía: “Chile sabe que, por tradición y por historia, las Fuerzas Armadas jamás utilizarán las armas que el pueblo les ha entregado contra el propio pueblo”.<sup>45</sup> Por supuesto, esa caracterización era por completo errónea y la historia, la de Chile y la de otros países, lo ha demostrado una y otra vez. Valga agregar: la dirigencia del Partido Comunista chileno también asimiló y difundió con especial fuerza la engaño: “La revolución socialista por la vía pacífica ya no debe considerarse como algo muy excepcional, sino la forma más probable del tránsito del capitalismo al socialismo en una serie de países”.<sup>46</sup>

En realidad, en las posturas de la dirigencia de la Unidad Popular chilena se daba un doble engaño. Primero, el más visible y ya mencionado: creer en las Fuerzas Armadas como garantes de la voluntad popular. Es decir, olvidar su naturaleza institucional y clasista y, con ello, olvidar a la vez la naturaleza real del aparato estatal burgués: el ser “una fuerza especial de represión”, una “organización de la correspondiente clase explotadora para mantener las condiciones exteriores

ingenuamente, que “no hay nada nuevo bajo el sol”. Valga señalar: este libro fue *prohibido* en Chile por el actual gobierno “democrático”.

<sup>44</sup> Salvador Allende. 1998. *La vía chilena hacia el socialismo*. Fundamentos, Madrid, p. 30.

<sup>45</sup> Discurso del 21/6/1973; citamos según Ahumada, Atria, Egaña *et al.*, *Chile: la memoria prohibida*, *op. cit.*, p. 5.

<sup>46</sup> Luis Corvalán, “Camino de Victoria”, citado de B. Elgueta. “Autonomía del P.S.”, *Revolución*, año 3, 1er. trim. de 1979.

de producción y, por lo tanto, particularmente para mantener por la fuerza a la clase explotada en las condiciones de opresión (...) determinadas por el modo de producción existente".<sup>47</sup> O bien, en la definición de Pinochet, "el rol de las Fuerzas Armadas es cautelar la seguridad externa. Y la *seguridad interna, cuando es necesario*. Y resguardar la institucionalidad".<sup>48</sup>

El segundo engaño va íntimamente unido al primero: de hecho, suele funcionar como causa del primero pues apunta a un rasgo aún más decisivo aunque menos visible. Y si bien pudiera creerse que es algo elemental, una especie de abc sociológico, tenemos un fenómeno que pasó del todo inadvertido a las cúpulas políticas del periodo: nunca se entendió que por la naturaleza política burguesa del aparato estatal, éste debe asumir una forma de organización de corte burocrático. Y recordemos que una organización burocrática supone canales de mando que van desde el punto más alto de la pirámide hacia abajo. Esto es muy visible en el ejército, los de arriba (la alta oficialidad ligada a la clase dominante) ordenan y los de abajo (soldados reclutados en la base popular) obedecen. Es decir, el aparato estatal supone un *modo de relacionamiento social adecuado* a sus funciones y propósitos políticos, que son los de preservar el orden burgués. Tenemos, por ende, *una forma que se corresponde con el contenido de la institución*. Luego, si se pretende darle un contenido diferente y hacer del Estado una institución política al servicio de los intereses de la clase obrera (y del pueblo en general), la antigua forma *no sirve* y debe ser reemplazada por otra, adecuada *al nuevo contenido*.<sup>49</sup> ¿En qué radica la *nueva forma social* que debe asumir el nuevo Estado? Siendo muy homeopáticos, digamos que en las nuevas condiciones se trata de "mandar obedeciendo". Es decir, los canales del mando (de la autoridad) en este caso deben ir *de abajo hacia arriba*; los de arriba no son más que delegados que nombran los de abajo y, por lo mismo, pasan a ser (recordando un poco o mucho a Rousseau) *revocables a voluntad de la base popular soberana*.

Esa forma nueva comienza a perfilarse con el incipiente surgimiento del llamado poder popular (cordones, comandos comunales, etc.), el cual nece-

<sup>47</sup> F. Engels. 1973. *Anti-Dühring*. Cartago, Buenos Aires, p. 228.

<sup>48</sup> En Correa y Subercaseaux, *op. cit.*, p. 171. El subrayado es nuestro.

<sup>49</sup> Como dice un personaje de Brecht: "los hechos demuestran que no basta apoderarse del aparato estatal: no ha sido estructurado para nuestros fines. Por lo tanto debemos destruirlo. Y no se hará sin violencia". B. Brecht. 1981. *Los días de la Comuna*. Nueva Visión, Buenos Aires.

sariamente se va desplegando al margen y contra el aparato estatal burgués. De esta manera se perfila una situación de dualidad de poderes. Ni el Partido Comunista ni Allende entendieron este proceso. En el Partido Socialista algunos barruntaron el problema pero, en general, sólo advirtieron el primero: el de la naturaleza clasista de las Fuerzas Armadas y la función de la violencia en los procesos de cambio social. Cuando Allende habla del Poder Popular (que le vocean las bases de la Unidad Popular, en especial a lo largo de 1973), dice, por ejemplo: a) “...si desatan la violencia contrarrevolucionaria, utilizaremos las fuerzas que tiene el Estado y la fuerza de refuerzo del pueblo”.<sup>50</sup> Adviértase: al Estado burgués se le pretende asignar una tarea antiburguesa y a la fuerza popular un papel de apoyo o complemento; b) “Poder popular sí, pero de apoyo al gobierno y no al margen ni contra el gobierno”.<sup>51</sup> Asimismo, declara que “no aceptaré un poder popular contrario e independiente al poder del gobierno”.<sup>52</sup> Adviértase: no se entiende ni percibe que el problema sea el de las *estructuras sociales opuestas* en juego. Por lo mismo, no se entiende que si los grupos populares han arribado al gobierno, es decir, *al interior del* aparato estatal burgués (el más visible, que no el decisivo), deben entonces utilizar tales posiciones para destruir *desde dentro* ese aparato y a la vez ayudar a la construcción del aparato de *poder estatal alternativo* (el “*poder popular*” que comienzan a reclamar las masas y sus segmentos más esclarecidos). En corto, se trata de reemplazar la red de relaciones sociales del aparato político vigente por otra red de relacionamientos sociales, por otro *sistema social*, capaz de inducir las conductas políticas que son necesarias y útiles para la clase obrera. Pero este problema, que no es sino la expresión de uno más general: el de la determinación de la conducta de las personas y grupos por las estructuras sociales que enmarcan la vida social, no se percibe.<sup>53</sup>

<sup>50</sup> Ahumada *et al.*, *op. cit.*, p. 4.

<sup>51</sup> *Ibid*, p. 5.

<sup>52</sup> *Ibid*, p. 39.

<sup>53</sup> La miopía en cuestión no es exclusiva de estos dirigentes. Se trata de un inveterado mal que ha acompañado a la izquierda a lo largo de casi toda su historia. En la denominada a veces “visión” estalinista, tal ceguera es algo típico. Por lo mismo, como no se advierte el papel coercitivo de las estructuras, se recae en posturas voluntaristas y en el uso de la coacción (purgas, etc.), ya no de las estructuras contra las personas sino de las personas contra las personas. En el caso chileno, en lo que respecta a las Fuerzas Armadas muchos creyeron que invitando a cenar a Pinochet y a otros generales podían alterar el comportamiento militar. De modo análogo, en la Rusia de Stalin se llegó a pensar que el problema del socialismo se resolvía estatizando a las empresas (fetiche juricista) y colocando en el puesto de gerente a antiguos obreros de fábrica.

Lo que más bien se visualiza es el posible conflicto de autoridades o personas: las “jerarquías”. Lo que es un conflicto entre estructuras sociales objetivas se percibe como infantilismo político, como provocación o “insubordinación” de las bases contra sus dirigentes, como una idiotez política mayor. En suma, la ceguera da lugar a la caricatura, anclada ésta en el “sentido común” que se amarra a lo más externo y superficial. Y en términos cuasi- inconcientes, aunque muy reveladores, se señala que el nuevo “poder popular” debe *subordinarse* al poder viejo, es decir, al Estado burgués. Esto es, las cúpulas de la Unidad Popular, al final de cuentas, nos dicen que pretenden usar ese poder popular como *arma de regateo* en su lucha política por consolidarse en el aparato estatal burgués.

Por cierto, eso no fue posible. Y lo que sí sucedió es que, al advertir la embrionaria emergencia de ese “poder popular” (o embrión del nuevo Estado), la alta burguesía decide cortar de tajo con ese mortal peligro, primero por la vía del “golpe blanco”: que el mismo gobierno usara la fuerza del aparato estatal burgués para reprimir al poder popular en ciernes. Y aunque la plana mayor del Partido Comunista no dejó de coquetear con esa ruta, Allende la rechazó. Por lo mismo, la clase alta terminó por enfilarse al grupo de “intrusos” que se había colado al interior de *su Estado*. Para ello, no se movió desde afuera; simplemente aprovechó el rasgo esencial del Estado: el de ser un “órgano de dominación de clase, un órgano de opresión de una clase por otra” y, por ende, ser una “organización especial de la fuerza, una organización de la violencia para reprimir a otra clase”,<sup>54</sup> la explotada y dominada.

Tal sería la segunda gran contribución histórica de Pinochet. Encabezó la violencia estatal que salvó a la clase alta chilena (y a sus soportes externos) de un movimiento que apuntaba al despliegue de tareas *anticapitalistas*. Claro está que al hacerlo puso al desnudo literalmente, “sacó a la luz” o *reveló* la naturaleza esencial del Estado burgués, su misión última. Esto también debería operar, si hubiera memoria histórica, como un factor educativo, de desalienación de la conciencia popular. Sabido es que una derrota bien asimilada (es decir, críticamente aprehendida y explicada) por los sectores populares puede transformarse en su contrario. Más precisamente, *esa crítica ideológica de la derrota es condición de su crítica real, de las victorias a futuro*.

<sup>54</sup> V. I. Lenin. 1978. “El Estado y la revolución”, en *Obras escogidas*. Tomo II. Progreso, Moscú.

Por lo mismo, se entiende que tres décadas después observemos, en las alturas del poder, un doble y claro movimiento: i) el afán por olvidar a Pinochet, por deshacerse de él, como algo incómodo y que provoca hasta algún rubor en las sedicentes almas democráticas del presente. En corto, Pinochet ya cumplió su sucio papel y lo hizo muy bien. Ahora hay que olvidar ese momento “poco elegante y poco gentil”, hay que retomar las “buenas costumbres”, buscar la “reconciliación de los chilenos” y sepultar *en el olvido* a este tan incómodo general.<sup>55</sup> Recuperar la memoria histórica y con ello el papel de Pinochet y de las Fuerzas Armadas en el golpe de 1973 es como retratar en pelotas a la clase dominante, pillarla con “las manos en la masa” y poner al desnudo su mecanismo de dominación vital: el de la violencia estatal; ii) el rescate o restauración de la vieja y engañosa noción: las instituciones militares están al servicio de la patria y son apolíticas. En breve, lo que se busca es volver a inyectar en la conciencia de las masas la idea de un Estado ajeno a los conflictos e intereses clasistas y que está al servicio del bien común, de la “armonía y la paz ciudadana”. Se trata de reconstruir las bases de una dominación clasista legitimada, presentar de nueva cuenta los intereses particulares de la clase dominante como si fueran la representación del interés general e inocular en los de abajo una conciencia social alienada. El tiempo de las bayonetas ha pasado, cediendo su lugar al tiempo de las ideologías (aunque la ideología de la clase dominante esgrima la falsa idea de que las ideologías han caducado: en nombre de la “muerte de las ideologías”, se cultiva ferozmente la ideología de los de arriba) como mecanismo de dominación.

El pueblo, no sólo el chileno, no debería darlo por enterrado al dictador. En las alturas del poder siempre estarán presentes sus semejantes, dispuestos a todo con tal de conservar el régimen de clase hoy vigente.<sup>56</sup>

<sup>55</sup> Hablamos de la derecha chilena. Como dice el personaje de Diderot, “el agradecimiento es una carga, y el que la lleva quiere deshacerse de ella cuanto antes”. Denis Diderot. 1985. *El sobrino de Rameau*. Cátedra, Madrid.

<sup>56</sup> Al finalizar el año 2006, aparecen en México signos muy ominosos de esta posibilidad. Ver J. Valenzuela. 2006. *México 2006: ¿una crisis mayor?* 4ª. ed. Ceda, México, en especial cap. V.

## BIBLIOGRAFÍA

- Allende, Salvador. 1998. *La vía chilena al socialismo*. Fundamentos, Madrid.
- Ahumada, E., R. Atria, J.L. Egaña et al. 1990. *Chile, la memoria prohibida*. Tomos I y II. Pehuén, Santiago.
- Banco Central de Chile, boletín mensual, diversos números..
- Brecht, Bertold. 1981. *Los días de la comuna*. Nueva Visión, Buenos Aires.
- Cavallo, A., M. Salazar y O. Sepúlveda. 1988. *La historia oculta del régimen militar*. La Época, Santiago.
- Corvalán, Luis. 1979. "Camino de victoria", en B. Elgueta. "Autonomía del P.S.", *Revolución*, año 3, 1er trimestre.
- Correa, R. y E. Subercaseaux. 1996. *Ego Sum*. Planeta, Santiago.
- Dardón, D., G. Valdivieso y J. Valenzuela. 2000. "Participación salarial, trabajo improductivo y tasa de plusvalía en México, 1988-1996", en J. Isaac (ed.). *Explotación o despilfarro. Análisis crítico de la economía mexicana*. Plaza y Valdés, México.
- Diderot, Denis. 1985. *El sobrino de Rameau*. Cátedra, Madrid.
- Economic Report of the President (1998-2004)*. U.S. Government Printing Office, Washington.
- Engels, F. 1973. *Anti-Duhring*. Cartago, Buenos Aires.
- Fenner, R. 1975. Prólogo a *El color de la sangre. Informe sobre Chile*. BUAP, Puebla.
- Henwood, Doug. 2003. *After the New Economy*. The New Press, London y New York.



- Kalecki, M. 1979. *Sobre el capitalismo contemporáneo*. Crítica, Barcelona.
- Lenin, V. 1978. *El estado y la revolución*. Progreso, Moscú.
- Marx, C. 1973. "Futuros resultados de la dominación británica en la India", en Marx-Engels. *Obras escogidas*. Tomo I. Progreso, Moscú.
- Marx, C. 1973. "La Guerra Civil en Francia", en Marx-Engels. *Obras escogidas*. Tomo II. Progreso, Moscú.
- Marx, K. 1973. *El capital*. Tomo I. FCE, México.
- Matus, Alejandra. 1999. *El libro negro de la justicia chilena*. Planeta, Buenos Aires.
- Mistral, C. 1974. *Chile: del triunfo popular al golpe fascista*. ERA, México.
- Moseley, Fred. 1994. *The Falling Rate of Profit in the Postwar United States Economy*. Macmillan, London y New York.
- Ouriques, H.R. y P. Vieira. 1999. "Maisvalía no Brasil nos anos 90: una verificacao empírica", Texto para Discussao, n° 09/99. Depto. Ciencias Economicas, Universidad Federal de Santa Catarina, Florianópolis.
- PET. 1996. *Economía y trabajo en Chile. 1995-1996*. PET, Santiago de Chile.
- Qujada, Rodrigo. 1978. "Cinco años", *Revolución*, año 2, núm. 8, Madrid.
- Thurow, Lester. 1996. "Almost Everywhere: Surging Inequality and Falling Real Wages", en C. Kaysen (ed.). *The American Corporation Today*. Oxford University Press, New York.
- Valenzuela F., José. 2000. "Trabajo asalariado y valor de la fuerza de trabajo", en J. Isaac (ed.). *Explotación y despilfarro. Análisis crítico de la economía mexicana*. Plaza y Valdés, México.

Economía y Violencia

Valenzuela F., José. 2004. *Dos crisis: Japón y Estados Unidos*. Grijalbo, México.

Valenzuela F., José. 2006. *México 2006: ¿una crisis mayor?* 4ª. ed. CEDA, México.